

rra de Cus; el tercero se llama Hiddequel, y corre al Oriente de Asia, y el cuarto es el Perat.»

CUESTION TOPOGRAFICA

Dos de ellos son bien conocidos: el Tigris (Hiddequel), que corre cerca de Assur, y el Eúfrates. Ya en las teogonias babilónicas tienen un carácter sagrado, que los relaciona con el comienzo del mundo: «Marduk creó el Tigris y el Eúfrates, y los colocó en su lugar, dándoles un nombre hermoso». Los otros dos no figuran en ningún Atlas. El Fisón circunda la tierra de Hawilah, rica en yacimientos auríferos, en resina y en piedras de onix; el Gihon recorre la región de Kush. Detalles demasiado confusos para llegar a una localización. Los exégetas hacen numerosas suposiciones, pero ninguno de ellos ha llegado a merecer el general asenso. De ordinario se dice que el Fisón es el Phase y el Gihon el Araxes, dos ríos que tienen sus fuentes en las montañas de Armenia, donde nacen también el Eúfrates y el Tigris. Pero aquí no se trata de fuentes, sino de cabezas, de desembocaduras. Por eso los comentaristas modernos orientan sus investigaciones hacia la región del Golfo Pérsico, en la baja Mesopotamia. Hace cuatro o cinco milenios el Golfo Pérsico llevaba el nombre de Río Salado. Además, entonces penetraba más profundamente en el interior, de suerte que el Tigris y el Eúfrates, hoy unidos al arrojarse en él, tenían desembocaduras distintas. Algo semejante les ha sucedido a dos afluentes de la cuenca meridional del Tigris; el Uknu, que hoy lleva el nombre de Kerka, y el Ulai, llamado actualmente Uadi Karun. Después de recorrer la vertiente oriental de los montes Zagros, ricos en minerales preciosos, van a aumentar el caudal del Tigris, pero antiguamente tenían aparte su punto de conjunción

con el Río Salado. Estas consideraciones nos orientan para comprender el pensamiento del autor sagrado: el río sube del Sur, de aquella región del Edén, que se disputaban las ciudades vecinas. Allí se dividían en cuatro cabezas, es decir, daba nacimiento a cuatro ramificaciones: la primera sería el río Ulay, el Fisón de la *Biblia*, cuya cola se pierde en las regiones montañosas del Oriente; la segunda se prolongaría en el Uknu, o Gihón, y las dos más occidentales serían el Eúfrates y el Tigris.

ORIGENES Y SAN EPIFANIO

Estos dos últimos nombres parecen llevarnos a colocar la cuna de la Humanidad en las llanuras históricas de la Mesopotamia. ¿Al Norte, es decir, entre los repliegues de los montes de Armenia o más bien al Sur, cerca del Golfo Pérsico, donde se organizan las primeras ciudades de que nos habla la Historia? Diríase que el autor sagrado tiene el pensamiento fijo en esta segunda hipótesis, y que su descripción nos orienta hacia el Río Salado donde las antiguas tradiciones populares colocaban el árbol de los dioses de maravillosos frutos, la isla de los bienaventurados y la tierra incomparable de Dilmun.

¿Pero es que importa algo el valor estrictamente objetivo de esa descripción? ¿Es que puede suponer el más leve incremento de la felicidad humana el conocimiento del lugar en que estaba colocado el jardín de Dios? Estas son las preguntas que se hacía en el siglo III el gran escritor alejandrino Orígenes; y a las ingeniosas y aventuradas disensiones de los comentaristas, él contestaba con alegorías sutiles, en que se evaporaba toda consideración histórica. Es el espíritu lo que hay que buscar en estos pasajes misteriosos, clamaba este exégeta audaz con escándalo de los partidarios de la letra, que, como San Epifa-